

De: La lógica de la entrega sincera. Encuentro internacional "Mujeres", Roma 6-8 diciembre 1996. Laicos Hoy, Revista del Pontificio Consejo para los Laicos, 40, Ciudad del Vaticano 1997.

*Completamos la visión sobre la Mesa Redonda con la siguiente intervención que esboza un cuadro general de la situación actual.*

### **Las mujeres frente a opciones fundamentales: dificultades, desafíos y perspectivas en la cultura contemporánea**

MARY ANN GLENDON \*

«Pero llega la hora, ha llegado la hora, en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzado hasta ahora»<sup>1</sup>. Palabras proféticas. Pero cuando se pronunciaron, el día de la Inmaculada de 1965, ni siquiera los Padres conciliares – ni tampoco ninguno del resto – podía realmente prever el alcance de los cambios que se darían en la vida de las mujeres.

Las décadas que han seguido al Vaticano II han sido tan confusas que muchos de nosotros, que las hemos vivido, estamos todavía intentando comprender los acontecimientos y su significado. Actualmente, mirando alrededor, vemos que las mujeres “al alba del tercer milenio” gozan de oportunidades que sus madres y sus abuelas no habrían nunca pensado que fueran posibles. Pero a la vez, hay que contrastar estas oportunidades con una serie de dificultades, opciones y desafíos, algunos totalmente desconocidos para las generaciones precedentes. A pesar de ello, hoy a pocas mujeres les gustaría estar en la situación de sus antepasadas.

Los nuestros son tiempos en que la mayoría de nosotras, como jamás había sucedido anteriormente, tiene más de una posibilidad de desarrollar al máximo sus propias capacidades. Tiempos en que la mayoría de nosotras puede finalmente tener voz en el ámbito de las decisiones que atañen a su propia vida, a su trabajo y a la forma de criar a sus hijos.

\* Profesora de Derecho de la Universidad de Harvard. Ha presidido la delegación de la Santa Sede en la IV Conferencia mundial sobre la mujer, organizada por las Naciones Unidas en Pekín.

<sup>1</sup> Mensajes del Concilio a la humanidad, en AAS 58, 1966, 13-14.

Las opciones que tomemos ahora, para bien o para mal, contribuirán a modelar la cultura que dejaremos a la próxima generación. Al inicio del nuevo milenio estamos como los hijos de Israel que se preparan para entrar en la tierra prometida. El Señor Dios les presenta una opción: «la vida y el bien [o] la muerte y el mal» (Dt 30, 15). También para nosotros es así: podemos contribuir a la construcción de la “civilización de la vida y del amor” o permitir que nos invada la “cultura de la muerte”. Es providencial que este Encuentro – el haber podido congregarse a tantas mujeres provenientes de todas partes del mundo, ya es signo de esperanza – se celebre en el tiempo de Adviento, un tiempo de hacer balance, de conversión, de esperanza.

Como profesora, cuando me pongo delante de una tarea difícil – y hoy es el caso – tengo la costumbre de hacerme un esquema. He dividido mi intervención en cuatro partes. En la primera, trataré algunos aspectos de la situación actual de las mujeres que podríamos definir como “sin precedentes”. En la segunda, presentaré los desafíos a los que estas nuevas circunstancias nos enfrentan. En la tercera, haré una breve evaluación de las respuestas que el feminismo organizado está dando a estos desafíos. En la cuarta, intentaré mostrar cómo la doctrina social de la Iglesia puede ser manantial inagotable para abordar la promoción del “bien de las mujeres de todo el mundo”.

Dos observaciones antes de comenzar: el énfasis puesto en los *nuevos* conflictos no quiere indicar, de ningún modo, una escasa valoración de los problemas que las mujeres deben afrontar de manera permanente. El único objetivo es aprovechar al máximo el tiempo disponible. Quiero a la vez subrayar algo que puede parecer obvio: todos los problemas de los que hablaré son problemas *de todos*, aunque afecten de manera particular a las mujeres. Y ahora veamos aquello que es históricamente nuevo en la situación de las mujeres de los años 90.

## I. Algo nuevo bajo el sol

Cada generación piensa que sus alegrías y sus dolores son únicos. En cierto sentido, “sentirse” así es justo porque, como decía San Pablo a los Corintios, «el papel de este mundo está para termi-

nar» (1 Cor 7, 31). Sin embargo, lo que caracteriza a nuestra época es la rapidez y la profundidad de los cambios sociales ocurridos en los últimos treinta años. Cambios radicales que nos han lanzado a un terreno inexplorado – un lugar del que han desaparecido los puntos de referencia familiares, en el que la práctica de la sabiduría de nuestros abuelos resulta dudosa, del que no hay vuelta.

En muchos casos, más que el fenómeno en sí, lo que resulta totalmente nuevo es la *intensidad* del mismo. En la sociedad poderosa de Europa y América del Norte las mujeres han alcanzado posiciones de relieve en todos los campos de la vida pública habiendo pagado un alto precio por ello. Al mismo tiempo, algunos modelos consolidados de vida privada han cambiado tanto que ahora son irreconocibles. Ha habido una tal “revolución sexual” que ha supuesto la aceptación de comportamientos que anteriormente se consideraban inmorales. Una serie de innovaciones tecnológicas ha destrozado la relación entre sexo y procreación. El porcentaje de matrimonios ha bajado y el de divorcios se ha duplicado. Han caído los índices de natalidad, pero ha aumentado dramáticamente el número de madres solteras. Y ahora tenemos un porcentaje récord tanto de niños que están creciendo sin padre como de madres de niños muy pequeños que trabajan fuera de casa. El aborto no sólo ha sido legalizado, sino que en algunas zonas se ha convertido en un derecho constitucional.

Si bien algunos de estos fenómenos están más desarrollados en los países del Atlántico Norte, las ideas que han modificado los conceptos de matrimonio, familia, papel de las mujeres y moral tradicional han entrado en todo el mundo. Hay muchos factores que han favorecido esta difusión. Por citar alguno: el cambio importante que se está dando en los países en vías de desarrollo es una réplica de la separación casa-trabajo que se llevó a cabo en los Estados Unidos y en Europa hace un siglo, cuando un número cada vez mayor de personas comenzó a trabajar fuera de casa para ganar un sueldo. Para comprender el significado de lo que está sucediendo ahora, hay que tener en cuenta que, desde el principio de la historia del hombre, la gran mayoría de los seres humanos vivía en pequeñas aldeas, se dedicaba a la agricultura, a la cría de ganado o a la pesca, luchando por la supervivencia dentro de los núcleos fami-

liares estrechamente interdependientes. En esta década, por primera vez en la historia, la mayoría de los habitantes de la tierra ha cambiado estos estilos antiguos por nuevos modos de vida<sup>2</sup>. Es un cambio histórico, quizás sólo comparable con el cambio de las sociedades nómadas de cazadores-recolectores a las sedentarias dedicadas a la agricultura.

A diferencia de lo que ocurrió en Europa y América hace un siglo, la transformación de los países en vías de desarrollo se ha visto acelerada por las ideas e imágenes que se reciben a través de la radio, televisión y ordenador además de los ejemplos de las élites modernistas. Estos hombres y estas mujeres que forman una especie de “primer mundo dentro del tercer mundo”, son “agentes de cambio” muy influyentes. Como decía ya Max Weber, las “nuevas líneas de conducta” que estos individuos implantan para la transformación de las sociedades tradicionales, son a menudo mucho más determinantes que las fuerzas económicas<sup>3</sup>.

De todas las ideas que están invadiendo las casas en todo el mundo, ninguna es tan potente como la que sostiene – así la ha definido el Santo Padre – «la búsqueda universal de la libertad»<sup>4</sup>. Cuando hace cincuenta años se promulgó en la Carta de las Naciones Unidas que los hombres y las mujeres tenían la misma dignidad y los mismos derechos, la subordinación de las mujeres estaba entonces institucionalizada en la mayor parte de los sistemas jurídicos del mundo, entre ellos los Estados Unidos y muchos países europeos. Pero en el aire se movía un espíritu nuevo que era contagioso. Al inicio de los años 50, casi todos los países tenían una carta constitucional – para la mayor parte de ellos, era la primera – y en casi todas ellas se reconocía la igualdad de los sexos. Era la época de la caída de los imperios colonialistas, la época en la que se afirmaban los movimientos pro derechos civiles. El genio de la libertad se había escapado de la lámpara. Era como si en alguna parte hubiera sonado una campana que despertara sueños dormidos desde hacía siglos en el corazón de hombres y mujeres en cualquier parte del mundo.

<sup>2</sup> R. CRITCHFIELD, *The Villagers*, New York, Anchor 1994, 3-39.

<sup>3</sup> M. WEBER, *On Law and Economy in Society*, M. Rheinstein ed., Harvard University Press, 1954, 68.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a la Asamblea General de la O.N.U.*, 5 de octubre de 1995.

Recuerdo esta historia por dos motivos. Primero, porque sería equivocado dejar que la desilusión provocada por algunos frutos del movimiento de liberación de la mujer, sofocase los afanes que le han dado vida. Segundo, porque hay que considerar la capacidad de imaginación de los humanos. Sin duda los modelos de comportamiento consolidados no hubiesen cambiado tan radicalmente si las mujeres y los hombres no hubiesen comenzado a soñar sueños nuevos, a contar historias nuevas, y finalmente, a *imaginarse la realidad* distinta de la de sus padres y sus abuelos.

Nos encontramos por tanto frente a una serie de fenómenos profundamente ambiguos. Muchas de las viejas actitudes ahora ya superadas eran un insulto a la libertad y dignidad de las mujeres, pero otras contribuían a asegurarles un mínimo de decencia y responsabilidad en la relación entre los dos sexos. Para un grupo de mujeres, los cambios recientes significan la oportunidad, esperada durante largo tiempo, de desarrollar plenamente sus propias capacidades. Otro, quizás más numeroso, está viendo aparecer en estos últimos años nuevas formas de explotación y el difundirse de esa, que hoy se llama, la “feminización” de la pobreza.

Y esto nos lleva a la segunda parte de esta conferencia: los nuevos desafíos. Tan complejos no sólo porque son nuevos, sino porque muchos de ellos surgen como consecuencia de progresos reales, o efectos colaterales imprevistos de la libertad que tanto los hombres como las mujeres modernas tienen en gran estima.

## II. Cinco desafíos

Sin ninguna intención de ser exhaustiva, querría llamar la atención sobre cinco desafíos, libremente asociados, que día a día se están haciendo más agudos: la crisis de la asistencia, la crisis de la maternidad, la crisis de las estructuras de mediación de la sociedad civil, la crisis de las certezas y la creciente tensión entre trabajo y familia.

1. *La crisis de la asistencia* nace de algo que *no* ha cambiado mientras casi todo el resto de la sociedad estaba cambiando. La proporción de la población mundial necesitada de asistencia (niños pequeños, enfermos, ancianos delicados) es casi la misma de hace cien años. Pero con las mujeres que cada día en mayor número trabajan fuera de casa

ha disminuido drásticamente el potencial tradicional de ayuda no retribuida<sup>5</sup>. Y este es un desafío serio al que ninguna sociedad ha sabido hasta ahora responder adecuadamente. En otros términos, *ninguna sociedad ha sabido sustituir de manera conveniente una reserva preciosa que siempre se ha dado por descontada: el trabajo no retribuido de las mujeres.*

La composición de la población “dependiente” varía según los lugares: en los países pobres, hay más niños que ancianos, mientras que en los países ricos, generalmente es al contrario. Algunos países – debido a los progresos de la medicina – no habían tenido nunca antes una población anciana tan grande. *Las consecuencias de esta novedad histórica están apenas empezando a aparecer.* En los países ricos, con índices de natalidad bajos, el mantener a un número cada vez más elevado de ancianos es una carga que recae sobre las espaldas de la clase trabajadora cada vez más exigua. Desgraciadamente, este hecho puede contribuir a alimentar el movimiento del “suicidio asistido”. Si se tiene en cuenta que la mayoría de las personas ancianas son mujeres – y que las mujeres constituyen la *gran* mayoría de las personas ancianas *pobres* – es fácil deducir que este Movimiento afectará especialmente a las mujeres. Un dato poco conocido, pero sin duda macabro, de la carrera del infame Doctor Kevorian (el americano Dr. Muerte) es que dos tercios de las personas que ha ayudado a morir, eran mujeres.

2. Los temas agrupados bajo el epígrafe “crisis en el campo de la asistencia” están en estrecha relación con una situación nueva y peligrosa que se cierne sobre las mujeres que son madres. *La crisis de la maternidad* nace de la creciente inestabilidad de las relaciones de la pareja. El aumento de los divorcios ha tenido un impacto enorme sobre las madres por motivos muy significativos: la mayoría de los divorcios atañe a parejas con hijos menores de edad; después del divorcio, por lo general, es la madre la principal responsable del cuidado de los hijos; en la mayor parte de los casos, cuando el cabeza de familia es la madre, el nivel de vida baja. Si a este cuadro se añade el aumento de las madres solteras, no sorprende que casi las tres cuartas partes de los pobres del mundo sean mujeres y niños.

<sup>5</sup> Cfr. M. GLENDON, *The New Family and the New Property*, Toronto, Butterworths, 1981, 13.

Las madres, por tanto, al alba del tercer milenio, están de frente a eso que llamo las cuatro “D” fatídicas: el riesgo del divorcio; la falta de consideración del trabajo no remunerado; los daños que padecen en su trabajo las personas que se ausentan por motivos familiares; la miseria que afecta a tantísimas mujeres cabeza de familia<sup>6</sup>.

En el pasado (en algunas sociedades aún hoy), los miembros de la familia que tenían niños pequeños podían contar con la ayuda de toda la parentela. Pero otro aspecto histórico, sin precedentes, de la actual situación es que tanto las relaciones conyugales cuanto las familiares, se han debilitado<sup>7</sup>. Ha habido sociedades en las que las relaciones con toda la familia eran más fuertes que las conyugales, y otras en las que era al contrario. *Pero el debilitarse simultáneamente las unas y las otras es algo totalmente nuevo.* Como afirma un sociólogo, los parientes se han convertido en amigos; escogemos aquellos con los que queremos estar<sup>8</sup>.

3. Por si esto no fuera bastante, las estructuras que siempre han sido colaboradoras de la familia – escuela, vecinos, grupos religiosos, asociaciones de voluntariado de todo tipo – están también en crisis, en parte, exactamente, porque en gran medida ellas también dependían del trabajo no remunerado de las mujeres. La he definido como *crisis de la sociedad civil*. Precisamente cuando las familias necesitan más que nunca de la ayuda externa, las estructuras de mediación con las que podían contar en otro tiempo, están muy lejos de ser como debieran<sup>9</sup>. Es un círculo vicioso.

4. Al buscar soluciones eficaces a estos problemas nos encontramos con un gran obstáculo, *la crisis de las certezas* – la pérdida de convicciones ampliamente compartidas que en el pasado constituían la base del derecho y de la moral. El tema es tan amplio que aquí puedo sólo enunciarlo, destacando la estrecha relación con la difusión del «clima de secularismo y relativismo» al que se refiere el Santo Padre en la *Tertio millenio adveniente* (n. 36).

<sup>6</sup> En inglés los cuatro puntos empiezan con la letra “D”.

<sup>7</sup> Cfr. *Ibid.*

<sup>8</sup> Cfr. R. KÖNIG, *Sociological Introduction* en “International Encyclopedia of Comparative Law”, vol. 4, Tübingen, J. C. B. Mohr, 1974 § 54.

<sup>9</sup> Sobre la importancia de las estructuras de mediación, cfr. especialmente Pío XII, *Quadragesimo anno* (1931).

5. Para terminar, la *alternativa trabajo-familia*. Una de las consecuencias de la creciente participación de las mujeres en las fuerzas laborales ha sido la de focalizar la atención, por un lado, sobre la difícil relación entre vida de familia y mundo del trabajo y, por el otro, sobre las contradicciones existentes entre los valores humanos y los económicos<sup>10</sup>. La entrada masiva de las madres con hijos pequeños en el mundo del trabajo ha agudizado estos problemas. En muchos casos, la alternativa trabajo-familia no termina cuando el último hijo se va de casa, porque las necesidades de los propios padres ya ancianos, a menudo abren de nuevo el proceso de deber alternar el trabajo con las responsabilidades familiares.

En cierta medida, esta situación es la nueva versión de una vieja historia: la eterna lucha entre querer y deber, individuo y grupo, afán de “tener de todo” y necesidad de aceptar los límites. La imagen moderna de querer “conciliar” trabajo y familia no ha ayudado. Como muchos de nosotros hemos experimentado en nuestra propia piel, el problema no es tanto conciliar cuanto *elegir*. Las condiciones económicas de las familias que tienen hijos pequeños que criar – que tienden a empeorar respecto a otros núcleos familiares – reducen drásticamente las posibilidades de elección de las madres y los padres.

Quiero hacer hincapie en que *todos* los desafíos de los que he hablado, nos obligan a tomar postura para dar la consiguiente respuesta a interrogantes fundamentales como: ¿Qué tipo de personas queremos ser? ¿Qué modelo de sociedad queremos construir? ¿Qué sociedad descuida a sus miembros más jóvenes, más ancianos, más pobres, más vulnerables? ¿Qué sociedad considera la maternidad simplemente como una elección de vida distinta y que no por ello tiene ningún mérito ni se le debe ayudar de manera especial? ¿Qué sociedad ignora la distinción entre justo y falso por temor de ser “justicialista” o “intolerante”? Y entonces, ¿Cómo armonizar el respeto por el papel de la mujer en la familia con su avance en todos

<sup>10</sup> Es difícil pensar en algo que tenga un efecto más decisivo sobre los ritmos cotidianos de la vida familiar que las estructuras y obligaciones que conlleva el trabajo. Los acontecimientos, las comidas y las costumbres familiares están sujetas a los horarios de trabajo, pero no sólo eso, sino que los valores del puesto de trabajo están impregnando la familia y el espíritu como el polvo y los olores impregnan el mono de trabajo del obrero.

los campos de la vida social, económica, política? En una economía global, ¿Cómo se podría estructurar el trabajo de manera que fuera menos destructivo para la familia y la comunidad? ¿Cómo recuperar la idea del bien común en una sociedad pluralista? Desgraciadamente, estamos todavía muy lejos de tener claro cómo encauzar las posibilidades existentes en una dirección más positiva.

En los círculos conservadores se oye a menudo decir que se debería simplemente volver a como eran las cosas en una ya pasada “edad de oro”. Pero si hay algo sobre lo que Gertrude Mongella llevaba razón en Pekín es que “no hay vuelta”. Aquellos a los que les gustaría ver a las mujeres asumir todos los riesgos y las cargas de las obligaciones familiares sin la ayuda de los hombres y de la sociedad son como la gallina en el cuento de la gallina y el cerdito que querían hacer un regalo de cumpleaños al granjero MacDonald. La gallina dijo: «Tengo una idea estupenda. Preparémosle un buen desayuno a base de huevos y jamón. Tú pones el jamón y yo los huevos». Al cerdito, por razones obvias, no le gustó nada esta distribución de tareas.

No, no hay vuelta y no hay tampoco soluciones fáciles. ¡Frente a dilemas tan peliagudos, este mundo “que gime” debe recurrir a toda su inteligencia, creatividad y buena voluntad!

### III. La respuesta del “feminismo oficial”

Antes de nada reconozcamos a cada uno sus méritos. Las feministas de los años 60 y 70 son las primeras que han despertado en los hombres y las mujeres la conciencia de una amplia gama de injusticias, entre ellas la falta de consideración, remuneración y seguridad para la mayor parte del trabajo de las mujeres. El feminismo organizado ha sido también una fuerza importante – si bien no la única – que ha contribuido a ampliar la posibilidad de formación y de empleo para las mujeres.

En lo que se refiere a los cinco desafíos que he nombrado, el feminismo oficial no ha estado a la vanguardia, es más, ha sido muchas veces parte del problema. La razón podemos encontrarla en un bloque ideológico. Una vez que se decidió considerar el matrimonio y la maternidad como los dos obstáculos más importantes para la promoción

de las mujeres, las dirigentes feministas han encontrado mucha dificultad para sostener a las mujeres que habían puesto en el centro de su propia vida el matrimonio y la educación de los hijos. Es cierto, que en los círculos feministas siempre ha habido mujeres con otros puntos de vista, pero sus voces no han sido nunca tenidas en cuenta. Así, en los años 60 y 70, las feministas estaban a la vanguardia del movimiento a favor del divorcio de mutuo acuerdo, concedido "sin culpa". Y llevaban adelante el movimiento a favor del derecho a la revolución sexual y al aborto. Todavía en Pekín, en 1995, los viejos caballos de batalla del feminismo de los años 70 eran lanzados contra cada referencia positiva que en los documentos de la Conferencia se hiciera sobre matrimonio, maternidad y familia.

Al concluir los trabajos, la delegación de la Santa Sede pronosticó que los aspectos mejores del Programa de Acciones acabarían olvidados por falta de fondos, mientras aquellos peores serían aprovechados por grupos interesados, cuya principal preocupación no es precisamente la de ayudar a las mujeres, sino la de poder justificar su propia actividad. Por desgracia, el tiempo ha confirmado, en gran medida, todos estos pronósticos. A un año de distancia, la Conferencia de Pekín es para determinados sectores como un arsenal en alta mar, donde los intereses particulares se han empeñado en acomodar sus propios programas a las, por así decir, "normas internacionales" – a puerta cerrada y sin implicar a las personas directamente afectadas.

Damos un ejemplo de cómo se está usando ya el Programa de Acciones de Pekín para legitimar la actividad de la industria del aborto: en septiembre 1996, para "celebrar el primer aniversario de la Conferencia de Pekín", la Federación Internacional para el Control de la Natalidad (IPPF) de Londres publicó un documento que define como la "nueva Carta de los derechos sexuales y de la reproducción". Durante su presentación, la Federación afirmó que el interés primordial de esta Carta era demostrar la amplitud del reconocimiento que se da a los derechos sexuales y a la reproducción en el seno de la comunidad internacional<sup>11</sup>, asegurando que ciertas disposiciones de los documentos de Pekín y del Cairo, así como los

<sup>11</sup> INTERNATIONAL PLANNED PARENTHOOD FEDERATION, *Open File* (Noticiero), septiembre 1996, 1-2.

"derechos suplementarios que la IPPF mantiene y que han sido ya reconocidos "tienen" el peso moral que dimana de la Conferencia de las Naciones Unidas y del consenso internacional alcanzado por las actividades del IPPF". El IPPF concluye diciendo que el trabajo que la organización desempeña está basado en documentos internacionales que "cuentan".

Consideremos las expresiones: "peso moral", "consenso internacional". Y tengamos en cuenta también que los derechos que los "controladores" de los nacimientos no han conseguido infiltrar en los documentos del Cairo y de Pekín están ahora, según ellos, presuntamente "implícitos" en esos mismos documentos<sup>12</sup>. Poco importa que ante la reserva manifestada por 43 países sobre los aspectos en cuestión resulte una falacia hablar de peso moral o de consenso en el ámbito de los derechos de la reproducción. Poco importa que el documento confirme expresamente que el aborto nunca ha sido propuesto como medio de control de natalidad. Los "controladores" de la natalidad, las industrias farmacéuticas y los "nuevos ricos" del aborto no desean justificar sus propias acciones con su versión de la regla de oro ("Tenemos el oro, hagamos la ley"). Ellos prefieren decir: "Tenemos las bendiciones de las normas internacionales".

Mientras tanto, las partes del programa de Pekín que tienen peso moral y que verdaderamente han sido apoyadas por unanimidad siguen siendo promesas sobre un papel. Un año después de Pekín, el feminismo organizado sigue ofreciendo "piedras ideológicas" en vez de pan a aquellas mujeres que tienen más necesidad de ser efectivamente representadas.

Vista la importancia que conceden a la formación y al trabajo, se podría esperar que las organizaciones feministas fueran a la vanguardia, al menos en lo que se refiere a la problemática trabajo-familia. Pero incluso en este ámbito están tropezando con la ideología. Su fórmula principal para la promoción de las mujeres calcaba un modelo machista que impone unos costos tan altos que los mismos hombres han empezado a buscar algo mejor<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> En relación a la crítica de los "derechos implícitos", consúltese M. GLENDON, *What Happened at Beijing*, en "First Things", enero 1996, 30, 34.

<sup>13</sup> Algunas feministas han empezado a reconocer que ha sido un error no querer intervenir en defensa de aquellas hermanas que querían dar prioridad a la vida familiar. Pe-

En fin, las dirigentes feministas se han centrado en lo que ellas pensaban que las mujeres querían en vez de escuchar los testimonios de las propias mujeres sobre sus necesidades y preocupaciones reales. Irónicamente, se han comportado exactamente como ese “patriarcado” contra el que tan duramente han protestado.

No sorprende, por tanto, que sobre esta forma particular de feminismo que ha vivido su edad de oro en los años 70 haya un “escrito en el muro” (cfr. *Dn* 5, 5). Y que el mensaje sea el mismo que el del Libro de Daniel: «Te ha pesado en la balanza y te falta peso» (5, 27). Sondeos recientes hechos en Estados Unidos revelan que dos tercios de las mujeres americanas contestan “no” a la pregunta: ¿Se considera feminista?<sup>14</sup> Entre las estudiantes universitarias, el rechazo es mucho más impresionante: menos de una sobre cinco afirma que se considera feminista. Los motivos son simples. Están desconcertadas de la postura negativa del feminismo al estilo antiguo en relación al matrimonio y a la maternidad, de su actitud antagónica frente a la relación con los hombres y, sobre todo, de su relativa indiferencia en relación a los niños.

Que el feminismo organizado haya fallado en su intento por conquistar la mente y el corazón de la mayoría de las mujeres, en el mismo país que lo había acogido con los brazos abiertos en los años 70, es una prueba más de un dato estimulante en la situación actual: no hemos tocado fondo en lo referente a las actividades relacionadas con la asistencia, el cuidado y la educación de los hijos. Se diría que aparentemente nadie está dispuesto a involucrarse. Sin embargo, por diversas razones, la mayor parte de los miembros de la familia y especialmente las madres están ya demostrando su buena voluntad a menudo a costa de muchos sacrificios personales. Con el rechazo del viejo y empedernido feminismo, no es ninguna tontería imaginar que está naciendo un nuevo modo de plantear los temas femeninos: un feminismo que considera a los hombres y a las mujeres como colaboradores y no como antagonistas; un feminismo

ro, cuando apenas han empezado, con retraso, a afrontar el problema, el feminismo oficial se resiente de otro factor ideológico: la preferencia de soluciones estatales impuestas desde arriba.

<sup>14</sup> E. FOX-GENOVESE, *Feminism is Not the Story of My Life*, New York, Doubleday, 1996, 32.

basado en la adecuada comprensión de las dimensiones sociales de la persona humana, un feminismo que quizás no se volverá más a llamar feminismo.

Las Iglesia católica, durante el Pontificado de Juan Pablo II ha contribuido enormemente a este nuevo modo de pensar.

#### IV. Un tesoro escondido

En la *Tertio millennio adveniente*, el Papa Juan Pablo II plantea la siguiente pregunta retórica: «Hay que preguntarse cuántos, [cristianos] conocen en profundidad y practican coherentemente las directrices de la doctrina social de la Iglesia» (n. 36). A esta pregunta podemos añadir otra: ¿Cuántas mujeres católicas son conscientes del hecho de que en el mundo de hoy su Iglesia es una de las que de manera más influyente y enérgica defiende la dignidad y libertad de las mujeres?

Temo que la respuesta sea “demasiado pocas”, porque en los últimos meses se me ha preguntado a menudo: ¿Por qué se ha ocupado la Iglesia de los problemas de las mujeres en la Conferencia de Pekín y no antes o después de la misma? Para demostrar qué lejos está esta pregunta de la verdad, he redactado una lista que demuestra cómo uno de los temas más importantes, desde el comienzo de este pontificado, ha sido la promoción de las mujeres.

1. Ha sido en este período cuando la Iglesia se ha convertido, a nivel internacional, en eminente defensora de la justicia económica y social para las mujeres, especialmente para aquellas más perjudicadas. Ha sido la Santa Sede la primera en introducir el tema de la educación de las mujeres en una Conferencia en los países menos desarrollados en 1971, y así mismo, ha sido la Santa Sede el primer miembro de las Naciones Unidas que ha respondido a la llamada de la Conferencia de Pekín sobre compromisos concretos, animando a las estructuras educativas y sanitarias de la Iglesia a adoptar una estrategia prioritaria para las niñas y mujeres jóvenes.

2. En la *Familiaris consortio*, a principios de los años 80, el Papa ya insistía sobre el hecho de que la total igualdad de las mujeres justifica plenamente su acceso a los deberes públicos – remachando

que los deberes familiares así como los públicos deben «integrarse si se quiere que la evolución social y cultural sea verdadera y plenamente humana» (n. 23). (Estos mismos temas se repiten en muchos otros escritos sobre diversas cuestiones – los laicos, el trabajo humano, los problemas sociales, la familia y otros temas por el estilo).

3. En 1988, el Papa, en la *Mulieris dignitatem*, ha puesto de relieve el fundamento teológico de la colaboración de los hombres y las mujeres en el misterio de la redención: se trata del texto en el que el Papa medita profundamente sobre la dignidad y libertad de las mujeres a la luz de la Escritura y del Magisterio de la Iglesia. El tono es comedido. Invita a las mujeres a ayudar a la Iglesia a pensar cómo se pueden aplicar los principios eternos a los dilemas de nuestro tiempo. Permanece abierto a conocerlos mejor, al diálogo y al Espíritu Santo.

4. En 1995, dos aspectos de los documentos publicados con motivo de la Conferencia de Pekín llaman la atención: la adopción por parte del Papa del vocabulario feminista (con gran sorpresa para muchos) y sus reflexiones sobre la situación de las mujeres en el seno de la misma Iglesia.

5. Dentro de su propia esfera, el Papa ha dado ejemplo nombrando a un número sin precedentes de mujeres, laicas y religiosas, para diversos puestos dentro de los organismos eclesiales, y pidiendo encarecidamente a sus hermanos en el sacerdocio que acojan las aportaciones de las mujeres a todos los niveles.

6. Lejos de dejar caer en el olvido estos temas después de la Conferencia de Pekín, el Santo Padre recientemente ha escrito: «Es por tanto urgente dar algunos pasos concretos, una vez que han sido abiertos a las mujeres espacios de participación en varios sectores y a todos los niveles, incluso en los procesos de tomas de decisiones, sobre todo en aquellos temas que les atañen»<sup>15</sup>.

Huelga decir que la prensa casi nunca nombra estos esfuerzos que la Iglesia está haciendo en favor de las mujeres, sin embargo le reprochan su postura en cuanto a la ordenación de las mujeres.

<sup>15</sup> Exhortación apostólica post sinodal *Vita consecrata*, 58.

A menudo oímos decir que la Iglesia no ha hecho bastante por promover el bien de las mujeres en el mundo. Indudablemente, el propio Papa sería el primero en estar de acuerdo. Pero la Iglesia ha hecho bastante por demostrar que este es un tiempo de extraordinaria vitalidad para las mujeres dentro de la vida de la Iglesia, y para animar a las mujeres que aman la Iglesia a ayudarla a hacer todavía más. Las mujeres católicas, insatisfechas del ritmo con que se llevan adelante los cambios, deberían preguntarse: En la sociedad contemporánea: ¿Dónde me siento más respetada como mujer, prescindiendo de mi opción de vida? ¿Qué línea de pensamiento toma más en serio mis necesidades más profundas? ¿Qué organización habla más claramente en favor de todas las mujeres, incluidas aquellas que se encuentran en la miseria? Y las madres católicas deberían también preguntarse: ¿Dónde me siento más apoyada y animada en cuanto a la difícil tarea de criar a mis hijos en las condiciones actuales? Por mi parte, no logro pensar en ninguna institución que en estos contextos supere a la Iglesia católica.

Para guiar y promover el ulterior progreso de las mujeres no me vienen a la mente principios más ricos que los contenidos en la Escritura y en la doctrina social de la Iglesia. La postura del pensamiento social católico sobre los desafíos a los que se enfrentan las mujeres no está todavía explorada totalmente. Se podría decir que es un tesoro escondido que espera ser descubierto y aprovechado. Ocultas están aún las relaciones que se han establecido entre los recientes escritos sobre las mujeres por un lado, y aquellos sobre los laicos, la familia, la justicia social y el trabajo humano por el otro. Los contenidos de estos grandes textos, *vistos juntos* son verdaderamente revolucionarios.

Como solución a las cuatro “D” fatídicas, el pensamiento social católico propone: subjetividad, solidaridad, subsidiariedad y espiritualidad.

Intentemos imaginarnos, por ejemplo, qué podría significar ante el conflicto trabajo-familia la radical llamada de Juan Pablo II a una nueva “cultura del trabajo”. Como ya se expuso en la *Laborem exercens* y en la *Centesimus annus*, se trataría de una cultura que el mundo no ha conocido aún en la que los valores humanos sean protegidos en la misma medida que aquellos de la eficacia y la pro-



ductividad, en la que se respete la dignidad de todos los tipos de trabajo, y en la que el trabajo y la sociedad se estructuren de tal modo que los hombres y las mujeres no tengan que pagar por su propia seguridad y progreso a costa de sus familias.

Quizás nunca desde el inicio de la era cristiana se ha dado a las mujeres y los laicos tanta responsabilidad como en este “nuevo Adviento”. Nunca antes habían estado las mujeres ante problemas tan complicados.

Para prepararnos a lo que nos espera, querría concluir con un pensamiento del filósofo jesuita Bernard Lonergan. Ha significado tanto para mí que en el curso de los años, me he tomado la libertad de adornarlo un poco más. En tiempos de cambios culturales, según Lonergan, «es inevitable que se cree una derecha fuerte y decidida a vivir en un mundo que ya no existe. Es inevitable que se cree una izquierda dispersa, atraída ya sea por esta que por aquella novedad. Pero lo que de verdad contará, será un centro, quizás no muy numeroso (hombres y mujeres prudentes) que se encuentre a gusto tanto en el antiguo como en el nuevo, (dotados de la imaginación necesaria para reconocer las posibilidades existentes en la situación actual), y que se tome la molestia de hacer los cambios que se deben hacer»<sup>16</sup>. Como seguramente habréis adivinado, lo que he añadido al texto de Lonergan son las mujeres y la imaginación.

<sup>16</sup> B. LONERGAN, *Dimensions of Meaning*, en “Collection: Papers by Bernard Lonergan”, F. E. Crowe ed., Londres y Nueva York: Herder & Herder, 1967, 252, 267.